

BREVE HISTORIA DE CRISTÓBAL COLÓN

Juan Ramón Gómez Gómez



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de Cristóbal Colón*

Autor: © Juan Ramón Gómez Gómez

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-303-5

Fecha de edición: Junio 2012

Impreso en España

Depósito legal: M-16.656-2012

A mi padre, por todo.

Índice

Capítulo 1. El despertar de Occidente.	13
Francia doblega a la Iglesia	14
Inglaterra cede poder al pueblo	16
La guerra más larga.	18
La Iglesia se olvida de Dios	23
Los restos del Imperio.	28
La amenaza turca	29
El primer muro entre Europa y Asia	30
Portugal se enamora del océano	32
Cuando América no era América	35
Capítulo 2. La España de los Reyes Católicos	39
Navarra, un trofeo en la lucha de Castilla y Aragón.	40
Aragón, una potencia mediterránea.	42
Los hijos ilegítimos de Castilla	46
Portugal, potencia marítima	49
El reducto musulmán de Granada.	51
Capítulo 3. El misterioso origen de Cristóbal Colón.	53
El rastro de una biografía sesgada	53
Génova sí, pero no	58

¿Padre tejedor o mercader?	60
Pecados de juventud	61
Portugués de adopción	65
¿Corsario o pirata?	67
Un matrimonio ventajoso	70
El sueño de una nueva ruta	72
El misterioso rechazo de Portugal	75
 Capítulo 4. Larga espera en Castilla	 79
Un proyecto para el mejor postor	79
Primeros contactos con los Reyes Católicos	81
Entre la supervivencia y la búsqueda de apoyos	84
El apoyo de los frailes de La Rábida	86
Las Capitulaciones de Santa Fe	89
Los preparativos	92
La navegación de la época	95
 Capítulo 5. El primer viaje	 97
1492, un año de cambios	97
Viaje narrado en primera persona	101
Por fin, rumbo a las Indias	104
Miedo y descontento a bordo	108
¡Tierra a la vista!	112
El encuentro de dos mundos	115
Lejos de las Indias orientales	117
Llegada a La Española	120
El hundimiento de la <i>Santa María</i>	123
El accidentado regreso	127
Un extraño recibimiento	128
La sífilis, el primer producto importado de América	 132
La esperada recompensa	134
 Capítulo 6. Segunda expedición	 137
Los preparativos de la colonización	137
Un viaje sin incidentes	140
Primer encuentro con los caníbales	143

El desastre de La Navidad	146
Un memorial con más intenciones que realidades. . .	148
El mal gobierno de Colón.	152
Los hermanos de Colón	154
Nuevas exploraciones	156
Enfermedades y primeros enfrentamientos . . .	159
La batalla de la Vega Real	161
El mediador real	163
Amargo regreso.	164

Capítulo 7. Los dos últimos viajes.

El fallecimiento de Colón	167
Pérdida de poder y de salud	167
Nuevos descubrimientos	170
Nuevas rebeliones	174
El nuevo gobernador, un nuevo enemigo	176
Rehabilitación a medias	179
El último viaje	180
Maltratados por el clima	184
Primer fuerte en tierra firme	187
Vagando por El Caribe	190
Los enemigos se multiplican	193
El esperado rescate	196
Últimas luchas de poder	197
Muerte en la intimidad	199
Los continuadores de su labor.	201
Tan viajero en muerte como en vida	202

Capítulo 8. Los restos de Colón

quinientos años después	205
Los misteriosos traslados.	205
Oportunas confusiones.	210
El ADN no engaña.	212

Capítulo 9. Los hijos del almirante

Diego, el primogénito.	217
Las encomiendas.	221

La Iglesia toma posiciones	223
Diversificación económica	227
Si son negros, la Iglesia dice sí a la esclavitud . . .	230
Hernando, el fiel ilegítimo	232
Biógrafo de su padre	235
Sus otras obras	237
Una herencia descuidada.	241
Apoyo del emperador	243
 Capítulo 10. Los progresos tecnológicos y la navegación	247
Los avances del siglo XV	247
Los descubrimientos portugueses	250
Ideas para sacar mejor provecho al viento	253
La evolución de los instrumentos	254
 Capítulo 11. Leyendas, bulos y algunas certezas . . .	261
Una realidad sin adornos	261
Los secretos de Hernando	262
El naufrago misterioso	263
Los supuestos mapas precolombinos	265
China retrasó cinco siglos su hegemonía mundial . .	268
Los vikingos, no tan temibles	269
La plata de los templarios	271
<i>El secreto de Cristóbal Colón</i>	273
<i>La trama Colón</i>	275
 Bibliografía	277
 Internet	281

1

El despertar de Occidente

A veces el paso de los siglos parece aislar los hechos históricos, considerándolos al margen de su contexto. Es lo que ocurre cuando estos hechos se enmarcan en obras literarias, que los alteran para hacer más atractivos sus argumentos, y también cuando se celebran efemérides que los traen a la actualidad, desprovistos de todas sus causas y consecuencias. De este modo, acontecimientos extraordinarios parecen aún más increíbles, y a menudo se olvidan detalles relevantes y se tratan de analizar desde un punto de vista actual las costumbres de épocas muy diferentes. Hoy día no es raro ver cómo deportistas nacidos en un país defienden los colores de otro diferente en las competiciones internacionales. Sin embargo, la cuestión de la nacionalidad se ha convertido para muchos en un asunto nacional —a veces nacionalista— al abordar el origen de Cristóbal Colón. Otra polémica en torno a este personaje es su protagonismo real en el descubrimiento de América, denostado por teorías que hablan de vikingos, templarios y otros que se habrían adelantado a él. El hecho

indiscutible, al margen de que se conociera con mayor o menor certeza la existencia de tierra al otro lado del océano, es que fue Cristóbal Colón quien la demostró a los ojos del mundo y la puso en el mapa a partir de 1492.

Sí se puede afirmar que Cristóbal Colón vivió en el momento oportuno para llevar a cabo su proyecto. La aventura colombina culminó un siglo convulso que vio terminar la guerra de los Cien Años y la primera gran crisis de la Iglesia católica, pero también el declive del Sacro Imperio Romano Germánico y la invasión turca del Imperio de Oriente. La amenaza de los otomanos y los mongoles puso fin a las rentables rutas comerciales al Extremo Oriente e impulsó la búsqueda de otros caminos, por pura necesidad, para continuar teniendo acceso a las preciadas especias. Los portugueses tomaron la iniciativa al monopolizar la ruta alrededor de África, aún en proceso de exploración, para alcanzar el océano Índico. Ante esta coyuntura, y aprovechando que Portugal renunció a la alternativa propuesta por Cristóbal Colón, concentrado como estaba en el continente negro, los Reyes Católicos impulsaron, sin saberlo, el descubrimiento geográfico más importante de la historia de la humanidad.

FRANCIA DOBLEGA A LA IGLESIA

Cuando comenzaba el siglo XIV, Francia llevaba más de trescientos años expandiéndose desde la pequeña pero próspera Isla de Francia (en francés, Île-de-France), donde fue entronizada la dinastía de los Capeto, duques de París, en 987, hacia los límites de la que había sido la Galia, delimitada por el Atlántico, el Mediterráneo, los Pirineos, los Alpes, el Jura y el Rin. A medida que había ido creciendo, sus necesidades económicas, exigidas principalmente para el mantenimiento

del ejército, habían aumentado del mismo modo que su poder e influencia. Estas circunstancias concurrieron en el enfrentamiento de Felipe IV el Hermoso con el papa Bonifacio VIII a cuenta de las grandes cantidades de oro que, en forma de diezmo, salían del país camino de Roma. Tras la repentina muerte del pontífice en 1303, su inmediato sucesor, Benedicto XI, cedió ante el monarca, y un nuevo papa, el francés Clemente V, trasladó la Santa Sede a Aviñón en 1309.



Grabado que representa la sede papal de Aviñón, obra del arquitecto y jesuita francés Étienne Martellange en 1617.

La falta de liquidez estuvo también detrás de la expropiación de los bienes de la Orden del Temple en 1307 y su posterior abolición. En 1316, tras el breve reinado de Luis X el Obstinado, hijo de Felipe IV, accedió al trono su hermano Felipe V el Largo, que estableció la exclusividad del hombre en la sucesión para ser coronado en lugar de su sobrina. Con el fin de obtener

apoyo y legitimación, reforzó los Estados Generales instituidos en 1314. Esta norma, que volvería a aplicarse cuando al morir Felipe fue sucedido por otro hermano –Carlos IV el Hermoso– en lugar de alguna de sus hijas, acabaría muy pronto con la dinastía de los Capeto, ya que el tercero de los hijos de Felipe IV tampoco tuvo descendencia masculina.

Con la entronización de Felipe VI, primo de los tres anteriores, se inició en 1328 una nueva dinastía, la de los Valois, frente a la reclamación de Eduardo III de Inglaterra, el único nieto varón de Felipe IV, si bien lo era por línea femenina. El conflicto sucesorio, lejos de resolverse, constituyó el origen de la guerra de los Cien Años.

El declive del poder de la Iglesia fue paralelo al del Imperio, que había visto sus fronteras reducidas a Europa central y su influencia concentrada en favor de príncipes, obispos, cantones y poderes locales.

INGLATERRA CEDE PODER AL PUEBLO

Inglaterra alcanzó el siglo XIV de un modo bien distinto. Prácticamente un satélite de la Galia desde que Guillermo de Normandía la había conquistado en 1066, el reino experimentó un importante impulso en la segunda mitad del siglo XII, durante el reinado de Enrique II, que inició la dinastía de los Plantagenet e intentó expandir su dominio a Gales, Escocia e Irlanda. Pero la sucesión por sus hijos Ricardo I Corazón de León y Juan Sin Tierra, quien primero había usurpado el trono de su hermano y más tarde lo sucedió, derivó en la pérdida de sus amplias posesiones en la Galia, que habían llegado a ser mayores que las del rey de Francia. Los errores achacables a la torpeza del ambicioso Juan Sin Tierra dieron alas a la nobleza y al clero, que le

hicieron firmar la primera Carta Magna, que evolucionó hacia un experimental constitucionalismo durante el reinado de su hijo Enrique III –un Parlamento con representantes de las ciudades que el rey debía convocar tres veces al año y del que se escogía a su Consejo Real–. Este monarca firmó en 1259 el Tratado de París, por el que Inglaterra aseguraba su vasallaje al rey de Francia y recuperaba, a cambio, parte de sus posesiones continentales.



Juan Sin Tierra firmó en 1215 la Carta Magna, que restó poder a la Monarquía.

El hijo de Enrique III, Eduardo I, fue el primero de nombre inglés. Durante su reinado (1272-1307) Inglaterra se convirtió, por primera vez, en el centro de un reino que hasta entonces había tenido su alma en la Galia. El constitucionalismo recibió nuevos impulsos, reforzados por Eduardo II hasta que fue asesinado en 1327 por orden de su esposa, Isabel, hija del rey francés Felipe IV el Hermoso. Al cumplir los dieciocho años, en 1330, Eduardo III se hizo con el trono que su madre había usurpado, y se preparó pacientemente para reclamar, en 1337, el trono de Francia como único nieto varón de Felipe IV, iniciando la que sería conocida como la guerra de los Cien Años.

LA GUERRA MÁS LARGA

Como continuación de las contiendas territoriales a las que había puesto fin temporal la Paz de París de 1259, la guerra de los Cien Años enfrentó a Inglaterra y Francia con el trono galo en disputa, lo que habría supuesto, si los Plantagenet hubieran logrado su propósito, la instauración de un nuevo imperio hegemónico en Occidente. Tan larga confrontación consistió en realidad en una sucesión de guerras –principalmente dos– separadas por períodos de paz y unidas por fines igualmente políticos y geoestratégicos. Inglaterra pretendía, entre otros objetivos, afianzar su soberanía sobre la región de la Guyena, que le suministraba los vinos que la isla no era capaz de producir. También trataba de evitar la influencia de Francia en sus exportaciones de lana a la industria textil de Flandes, cuyo conde era vasallo del rey francés, contra la tendencia favorable a Inglaterra de la burguesía local.

Precisamente en Flandes comenzó la confrontación: después de que el conde, rompiendo el tradicional

vínculo comercial con Inglaterra, hiciera detener a los ingleses residentes en su territorio, el rey Eduardo III provocó el cierre de muchos talleres al dejar de suministrarles sus lanas. La reacción popular hizo huir al conde, que tuvo que dejar su tierra en manos de los burgueses, que reconocieron a Eduardo III como rey de Francia y obtuvieron su protección y la exención de impuestos a la entrada de sus productos en Inglaterra.

En 1346 la escalada bélica aumentó cuando el rey inglés desembarcó por fin en Francia; y lo hizo engañando al enemigo, que esperaba que entrara a través de sus posesiones en la Guyena, y no como sucedió en realidad, por las playas de Normandía, desde donde llegó sin problemas a los alrededores de París y, más tarde, se apoderó de Calais. A este avance le siguió una tregua de siete años, que no impidió que el nuevo conde de Flandes —nieto del anterior— recuperara sus territorios mientras se instalaba en el trono francés Juan II el Bueno, que estuvo muy influido por su yerno, el rey de Navarra Carlos II el Malo. Reanudadas las hostilidades, en 1354, Eduardo, príncipe de Gales, arrasó las posesiones francesas desde el sur y logró hacer prisionero a Juan II, al que condujo a Londres.

La supuesta debilidad del regente Carlos —joven heredero de Juan II, que años más tarde ocuparía el trono con el nombre de Carlos V el Sabio— dio poder a los burgueses, encabezados por Étienne Marcel —que pretendía instaurar un parlamentarismo similar al inglés—, y a Carlos el Malo, que le disputaron la hegemonía. No lograron arrebatarársela gracias al apoyo del pueblo y a su propia inteligencia. Una vez superado el obstáculo, el regente se hizo fuerte y logró que Eduardo III firmara en 1360 la Paz de Brétigny, que le concedía amplios dominios que, sumados a los que ya tenía, constituían la mitad de la antigua Galia. A cambio, su padre regresó a Francia y recuperó el trono hasta su muerte, en 1364. Ya

coronado, Carlos V, en tregua con Inglaterra, se ocupó entonces de Carlos el Malo, al que derrotó y arrebató sus posesiones en Normandía para la continuación hacerle firmar el Tratado de Aviñón, en 1365.

Pasados diez años de la Paz de Brétigny, Carlos V reanudó la guerra para recuperar los territorios cedidos a Inglaterra, y en sólo cinco años consiguió reducirlos a Calais, Bayona y Burdeos. Poco después murió el príncipe de Gales y, más tarde, su padre, Eduardo III, que había reinado cuarenta y siete años, dejando el trono a su joven nieto, Ricardo II. La nueva situación parecía poner fin a la confrontación entre los dos extremos del Canal de la Mancha, y habría ocurrido así de no ser porque en 1380, sólo tres años más tarde, falleció Carlos V de Francia, dejando el trono al aún más joven Carlos VI.

Ambos países, durante años, tuvieron que hacer frente a revueltas populares y a luchas intestinas por el poder, que en Inglaterra terminaron con la instauración de una nueva dinastía, los Lancaster, con la coronación de Enrique IV, que desposeyó del trono a su primo Ricardo II, ya mayor de edad pero rechazado por el Parlamento. Por su parte, las luchas de poder en Francia, ante la incapacidad por locura de Carlos VI, elevaron la figura de Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, para más tarde rechazarlo y empujarlo a una alianza con Inglaterra en 1414. Esta alianza propició una nueva ofensiva bélica de los ingleses, encabezada por Enrique V, que puso París en manos del duque de Borgoña. La muerte de este a manos de un partidario del delfín francés empujó a su sucesor a afianzar su alianza con Enrique V. Este logró en 1420 que Isabel de Baviera, la esposa de Carlos VI, firmara el Tratado de Troyes, por el que desposeía a su hijo y lo reconocía a él como heredero del trono, para lo que debía casarse con su hija Catalina de Valois. Una vez más, aunque con un final muy distinto, parecía terminar la larga contienda; pero de nuevo la

muerte de los monarcas inglés y francés, muy cercana en el tiempo, dio un rumbo muy diferente al que parecía ser el destino de sus pueblos.

Merced al Tratado de Troyes, el nuevo rey de Inglaterra, Enrique VI, había de ser coronado al mismo tiempo como Enrique II de Francia, pero se encontró con la oposición del anterior heredero, que se hizo coronar como Carlos VII, apoyado por un creciente sentimiento nacionalista. Entretenidos los ingleses en la conquista de Orleans tras un sitio de dos años, en 1429 la joven conocida como Juana de Arco, a sus dieciséis años, logró entrevistarse con Carlos VII para comunicarle su legitimidad en el trono, que supuestamente le había revelado el mismo Dios en una de las visiones que decía tener. Tras someter el caso al estudio de un grupo de teólogos, el rey la puso al mando de un ejército con el que Juana logró vencer a los ingleses y romper el cerco de Orleans. Ese mismo año, Carlos VII fue coronado en Reims.



La captura de Juana de Arco en un grabado de Paul Lehugeur del siglo XIX.

En 1430 Juana de Arco fue capturada por los borgoñeses y entregada a los ingleses, que la procesaron para hacer que abjurase de sus visiones. Finalmente fue quemada en la hoguera sin obtener esa declaración, lo que a la postre dio mayor legitimidad a sus profecías. Borgoña volvió a la esfera del rey francés y dejó a Inglaterra sin su principal aliado en el continente. Carlos VII recuperó París en 1436, y en 1444 se alcanzó la tregua de Tours, a instancias del papa.

En 1449, la inclinación del duque Francisco de Bretaña a aliarse con Francia fue respondida con un ataque desde Inglaterra que Carlos VII aprovechó para reanudar la guerra. En agosto de 1450 Normandía ya era de nuevo francesa, y sólo Calais, en el ducado de Borgoña, y la Guyena permanecían en poder de Inglaterra. Esta última, de larga tradición inglesa, tardó tres años en caer en manos francesas, con la conquista de Burdeos en octubre de 1453 que puso fin a la guerra de los Cien Años.

Las nuevas luchas de poder en Inglaterra, en la que fue la guerra de las Dos Rosas, enfrentaron a los partidarios de los Lancaster —representados por una rosa roja— con los de los York —cuyo emblema era una rosa blanca—, que seguían considerándose reyes de Francia pero no tenían capacidad para reanudar la guerra. Finalmente Inglaterra alcanzó la estabilidad con Enrique VII, heredero por línea femenina de los Lancaster y casado a su vez con Isabel de York, única hija viva de Eduardo IV. Se inició así la dinastía de los Tudor.

Uno de los grandes beneficiados de la larga guerra fue el ducado de Borgoña, unido a Flandes desde 1369 por matrimonio del duque con la heredera, ampliado más tarde por habilidades diplomáticas, aliado en ciertos momentos a Inglaterra y entroncado finalmente, mediante otro matrimonio, a la Corona española en las personas de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, heredera de los Reyes Católicos.

LA IGLESIA SE OLVIDA DE DIOS

La primera gran crisis de la Iglesia tuvo sus inicios al mismo tiempo que se iba fraguando tan larga confrontación. La mecha se encendió con el enfrentamiento entre el papa Bonifacio VIII y el rey Felipe IV de Francia, que no accedía a someterse al poder pontificio y terminó siendo excomulgado. Este, lejos de arredrarse, humilló al papa con un secuestro violento en su propia residencia que, si bien duró tan sólo unas horas, acabó conduciéndolo a la muerte tres días más tarde.

Despejado el terreno, Felipe IV logró que la sucesión en el trono de Pedro fuera a parar a manos de un títere que, con el nombre de Clemente V, fue coronado en Lyon y vagó por diversas ciudades francesas hasta que en 1309 fijó la residencia papal en Aviñón, en detrimento de Roma. La nueva sede fue producto tanto de la influencia francesa como de la situación cada vez más irrelevante y periférica de la Ciudad Eterna, ante el avance musulmán y la independencia del Imperio de Bizancio. A este traslado se sumó la corrupción económica de la Iglesia, que, en busca de fuentes de financiación que la sostuvieran, llevó a niveles extremos la comercialización de bulas de todo tipo.

Felipe IV aprovechó cuanto pudo su influencia en la curia pontificia y, de este modo, cuando no logró que el papado de Bonifacio VIII fuera condenado, arrancó a cambio su permiso para procesar a los templarios y hacerse con las inmensas riquezas que estos habían amasado durante doscientos años, decisión que, por cierto, cayó como un regalo del cielo a otras monarquías europeas que no dejaron pasar la ocasión para hacerse con los bienes de aquella orden.

Las muertes en 1314 de Felipe IV y Clemente V no mejoraron la situación en la Iglesia. El nuevo papa, Juan XXII, quiso primero influir en la sucesión del

Imperio, que finalmente se decidió por las armas, y luego escogió como vicario imperial para Italia a Roberto de Nápoles, un enemigo del nuevo emperador, lo que produjo nuevos quebraderos de cabeza a la máxima representación de los católicos. Tras hacerse con la corona, Luis de Baviera reunió un concilio de enemigos del papa para que lo excomulgaran, y este, a su vez, excomulgó al emperador, que decidió ir a Roma para ser coronado y elegir personalmente a un nuevo papa en lo que fue el primer cisma de la Iglesia, después del que en el siglo XI había separado a Roma de Constantinopla. Duró bien poco, pues Nicolás V pronto se puso a disposición de Juan XXII.

En 1334 ascendió al papado Benedicto XII, que inició una suave reforma con escasos efectos que fueron rápidamente borrados por su sucesor, Clemente VI. Lejos de regresar a la idea de pobreza de la Iglesia, este pontífice volvió a aumentar las fuentes de ingresos, compró la ciudad de Aviñón y comenzó la construcción de un majestuoso palacio.

En Roma, sin embargo, no renunciaron al regreso de los papas, pero había muchos intereses enfrentados al respecto. Urbano V llegó a instalarse en Roma en 1367, pero se vio obligado a volver a Aviñón en 1370, poco antes de morir. Su sucesor, Gregorio XI, intentó someter los Estados Pontificios sin abandonar su residencia francesa, pero finalmente decidió acudir a Roma en 1377, donde permaneció hasta su muerte, un año más tarde, aunque guardaba la intención de cambiar de nuevo su residencia.

La lucha por la sucesión de Gregorio XI y, sobre todo, por la elección de la sede papal, acabaría provocando el gran Cisma eclesiástico de Occidente. La muerte del papa en Roma sirvió para que la elección del nuevo pontífice se hiciera allí, a pesar de que la mayoría de la curia permanecía en Aviñón. Urbano VI logró conciliar

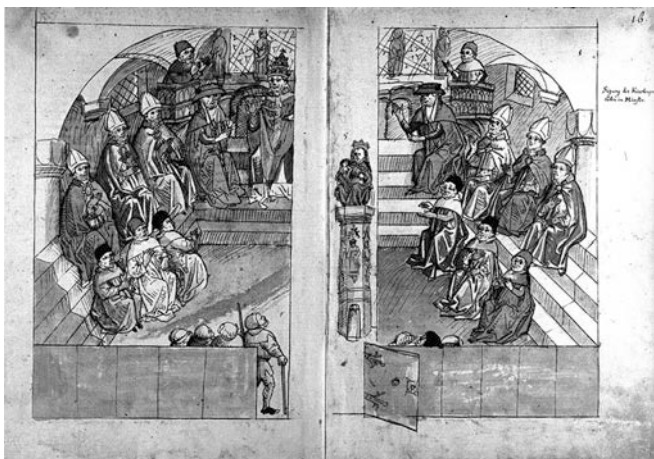
ambas corrientes, pero no tardó en enemistarse con algunos cardenales, que huyeron y se esforzaron en anular su elección. Ese mismo año de 1378 eligieron a un nuevo papa, Clemente VII, que se instaló en Aviñón, y la cristiandad se dividió entre los fieles de ambas corrientes, con amplias masas de neutrales.

Entre 1378 y 1417, dos papas rigieron la Iglesia desde Aviñón, mientras que fueron cuatro los que gobernaron desde Roma. Benedicto XIII, el aragonés conocido como el Papa Luna, perdió el apoyo de Francia y tuvo que dejar Aviñón en 1403 para instalarse en Perpiñán y, finalmente, en Peñíscola, protegido por los reyes de Aragón. Pero su interés por influir en la sucesión de este reino en 1412 lo enemistó con los Trastámara, que se hicieron con el trono.

Mientras tanto, en 1409 se había celebrado el Concilio de Pisa, mediante el cual la mayoría de los cardenales de ambos papados pretendían llegar a una solución que devolviera la unidad a la Iglesia. Lejos de eso, eligieron a un nuevo papa que debía reemplazar a los otros dos pero que, en realidad, ante la oposición de ambos, se convirtió en el tercero en discordia. Olvidados ya por completo de su papel como conductores de las almas de la cristiandad, los poderosos jerarcas de la Iglesia ya no simulaban su ambición de poder terrenal.

Fue el emperador Segismundo de Alemania quien consiguió dar solución al conflicto, al convocar un nuevo Concilio en Constanza en 1414. El propio concilio logró arrancar la renuncia del papa de Pisa, Juan XXIII —nada que ver con el papa del siglo xx, pues al no ser el de Pisa reconocido por el Vaticano, su nombre no se incluye en la lista de papas—, y del de Roma, el anciano Gregorio XII, y gobernó la Iglesia durante dos años. No obtuvo la renuncia del Papa Luna, que se refugió en la costa de lo que hoy es Castellón y resistió casi solo hasta su muerte, en 1423. Su heredero, Clemente VIII,

puso punto final al cisma al renunciar poco después de su elección y someterse al pontífice que el concilio había designado en 1417, que se hizo llamar Martín V y no dudó en sentar su sede en Roma.



Arriba, ilustración de un libro antiguo que representa el Concilio de Constanza, a comienzos del siglo XV.

A la derecha, retrato de Rodrigo Borgia, que accedió al papado en 1492 con el nombre de Alejandro VI.



Si bien el gran Cisma se había cerrado, la Iglesia aún padecería graves enfrentamientos a lo largo de los años, tanto internos como externos, a cuenta del poder terrenal y las prácticas corruptas que su apetito produce. La tiranía y el nepotismo se hicieron pronto habituales en los Estados Pontificios, y los papas no buscaban ya el poder y el enriquecimiento de la Iglesia tanto como el suyo personal y el de sus familiares. Y así iban surgiendo poderosas corrientes enfrentadas.

Tras el breve pontificado del español Calixto III (1455-1458), entre cuyos escasos abusos reseñables se cuenta el de haber nombrado cardenal a su sobrino Rodrigo Borgia, llegaron los de Pío II, Pablo II y Sixto IV, que accedió al trono de Pedro en 1471 para ejercer un poder absoluto y exhibir una falta de escrúpulos impropia de su posición: adulterios, matrimonios de conveniencia, asesinatos... Todo era válido para satisfacer sus deseos y aumentar su poder y riquezas.

Le sucedió Inocencio VIII (1484-1492), y en el año del descubrimiento de América fue elegido Rodrigo Borgia, que tomó el nombre de Alejandro VI y no dudó en imitar las peores prácticas de sus antecesores —exageradas sin pudor por la rumorología a través de los siglos—, lo que llevaría a sus sucesores a iniciar, en 1507, una profunda reforma de la Iglesia.

Entre sus prerrogativas, los papas mantuvieron su capacidad de intermediación entre algunas monarquías enfrentadas, como ocurrió entre España y Portugal en su carrera por la búsqueda de una ruta marítima a las Indias. Las bulas *Romanus Pontifex* (1454), de Nicolás V, e *Inter Caetera* (1456), de Calixto III, favorecieron a Portugal al garantizarle la exclusividad de la navegación por la costa africana. Tras el hallazgo de la ruta occidental a las Indias por parte de Cristóbal Colón —en realidad, el descubrimiento de un nuevo continente—, una nueva bula, llamada también *Inter Caetera* y promulgada por

Alejandro VI en 1493, dividió las zonas de influencia de ambos reinos, pero el Tratado de Tordesillas alcanzado por estos en 1494 al margen del papa valenciano lo dejó en papel mojado.

LOS RESTOS DEL IMPERIO

El Sacro Imperio Romano Germánico no había dejado de perder influencia desde que disputó al pontificado el dominio universal (*Dominium mundi*) durante los siglos XI y XII. En el siglo XIV apenas había reducido su territorio al ámbito alemán. De hecho, el nacionalista Carlos IV, emperador entre 1347 y 1378, renunció a las aspiraciones sobre Italia y al mismo tiempo restó privilegios al papa, que vio limitada su autoridad a la mera consagración de los emperadores, sin capacidad de influencia en su elección, que quedaba en manos de los siete príncipes electores.

El poder del Imperio fue mermado aún más con la separación de los cantones suizos en 1388, y sólo recuperó cierta lozanía con la elección de un Habsburgo en 1410, después de cien años sin que esta Casa accediera al trono imperial. Se trató de Segismundo, quien, como ya se ha dicho, influyó decisivamente en la solución del gran Cisma de Occidente. Sin embargo, otros dos Habsburgo dieron al traste con lo poco que al Imperio le quedaba de autoridad en Europa, especialmente el segundo, Federico III, más preocupado por aumentar su propio patrimonio. Aun así, no sólo no fue capaz de frenar a los turcos, imparable tras la toma de Constantinopla en 1453. Sus propios dominios de Hungría y Bohemia se independizaron de Austria y el caudillo húngaro Matías Corvino, poco satisfecho al parecer con su separación, invadió sus posesiones y llegó a entrar en Viena en 1485.